



EL AURA DE SEVILLA

Por MARIANO R. DE TORRES

PARA Sevilla parece dedicada, por la sensibilidad de su espíritu fino, aquella solear acaso más impresionante por el misterio de su dedicación:

*No siento en el mundo más
que tengas tan mal sonío
siendo de tan buen metal.*

¿No será Sevilla la de los buenos metales a cuyas vibraciones de perennes ondas pongan sordinas empecatadas manos deformando su natural sonido?

De Sevilla se dice que es la ciudad de la gracia. Aclaremos. Sevilla, ciudad ungida por la gracia. Vestida y adornada con las galas de su cielo y de su suelo; con la gracia esbelta de su Giralda. Con la gracia de sus patios cantarines y floridos. Con la gracia de sus plazas, recónditas, recoletas, aromadas de romanticismo poético, cual rimas de Gustavo Adolfo; con la gracia de sus mujeres, aleación perfecta del pudor, del recato y de la sutileza; con la jugosa espontaneidad de su ingenio adobado por un lenguaje ágil y suave; sin aristas; que esta es una de las gracias de Sevilla: limar y pulir las aristas de la vida, modelándolas con gratas ondulaciones. Sevilla, la de la alegría y el señorío en la ciudad y en el pueblo y la del trabajo en el taller y en el campo. La que trabajando canta, que es la mayor alabanza a Dios.

Y al hablar de Sevilla, conste que hablo de las tierras del sur, de las que Sevilla es síntesis, resumen; mayorazgo por razones naturales, que desbordando la demarcación política se extiende por tierras extremeñas de inenabables y cordiales afinidades.

También ha sido Sevilla algo más. Colegio Mayor de Humanidades, cátedra de filosofía cristiana. Profundidad y solidez en los cimientos y armonía y gracia en la forma. Escuela sevillana. En las artes mayores. En las menores. En todas aquellas manifestaciones en que la sensibilidad tiene presencia.

Y hablemos del toreo. En el toreo como en todas las actividades humanas—acaso más en ésta que en otras—se reflejan los caracteres étnicos de lo sevillano, con acusados relieves temperamentales.

De la escuela sevillana de toreo se quieren desconocer las dimensiones y el fondo. Se califica por solo un matiz: la alegría; la gracia. Después de todo, ello no hace más que destacar el poder sugestivo de este matiz; pero no admitimos que borre otros que se toman y son fundamento de apreciación de otros modos y otras modas.

En la evolución del toreo, de arriesgado ejercicio, de lucha entre la inteligencia y el instinto elevados a la categoría de arte, Sevilla le imprimió su estilo. El torero sevillano aportó, con los caudales comunes a las demás altas latitudes, el caudal genuino de su alegría. ¡Ah! Mas sin exclusión de los otros factores: el valor, la inteligencia, el conocimiento. Sevilla aportó en la trayectoria del toreo, dentro de las normas de cada época, con lo esencial y básico, lo específico de su peculiar entraña. Y, dentro de la escuela sevillana, *Cácharas*, *Currito*, *el Gallo*, *el Tato* y *el Espartero* después.

En un mismo sujeto, con distintos y bien acusados perfiles, la elegante silueta de Antonio Fuentes, en la verónica y el pase natural—armonía y ritmo—y los escorzos, recortes y fintas alegres en la preparación de sus inimitables quiebros en banderillas. Y la simpática virilidad de aquel torero de bronce, cuya popularidad llevó la copla hasta el pañuelo de la torera. Y el recio empaque del *Algabeño* en sus volapiés definitivos. Y los *Bombita*: sonrisas ante la muerte. Cornadas y alegrías. Y aquel sacristán trianero—no de Ronda—, tan injustamente olvidado: Antonio Montes. Y Rafael *el Gallo* y *el Papa Negro*. Y la época grande: *Joselito*, Belmonte. Sabiduría y poder. Emoción y clasicismo.

Después... las chicuelinas luminosas junto a los naturales impecables de Manuel Jiménez. Y el hondo son de *Curro Puya*. Y el ritmo majestuoso de *Cagancho*. Y el torrente arrollador del malogrado Manolito *Bienvenida*.

Por fin, los contemporáneos Pepe Luis, Pepe Martín Vázquez, Antonio *Bienvenida*, Manolo González.

Escuela sevillana. ¿Gracia? ¿Alegría? Y los pases naturales completos, integrales, sin escamotear ninguno de sus tiempos; el de pecho, rematado; los tres cambiados, con sabor de época.

Cuando se hable del toreo fundamental y sustantivo, como acaso no podría soñar Pedro Romero—que era de Ronda—, habrá que recordar a ese genial torero que fué Rafael *el Gallo*—oro en granos y no chatarra en kilos—. O a su hermano José, que fundió todos los moldes conocidos. Por fundirlos todos, formó en el cortejo de los toreros de romance que pusieron remate a su historia y a su juventud con el negro penacho de la tragedia. O a ese otro sevillano que no fundió, que rompió estrepitosamente los moldes con escándalo de la cátedra, grabando en caracteres de oro la primera página de una nueva historia: Juan Belmonte.

Y aun después, dejaran rastro el abúlico *Chicuelo* y el sabihondo Pepe Luis y Antonio Mejías, seda pura, y el macareno Pepín. Y hoy—*resurrexit!*—ese pequeño gran monumento—Manolo Vázquez—que ha resumido tiempos y estilos. Yo lo he visto saltar en dos tardes treinta años atrás uniendo dos épocas; enlazando el ayer con el hoy; reanudando la historia e iluminando con los destellos de su valor y de su arte la penumbra de una afición ingenua e incrédula que sólo al ver ha creído. Y ha visto... la escuela sevillana. Torear dentro de las más puras normas con flexibilidad airosa; sin tétrica rigidez; con propio recreo y con el regalo, la salsa de unas alegrías, sedante a nuestros nervios retorcidos ante la inminencia de un peligro que tensa nuestra sensibilidad.

Después de tan largo y obligado inciso sobre el toreo, en que tan bien se muestran los rasgos de la fisonomía de Sevilla, como en todas las actividades en que tiene expresión. Clasicismo en las normas. Volatines de la inspiración; faralae con cuya policromía deslumbra, desviando del ánimo la visión de la tragedia.

Puede ser que el desinterés, la generosidad, la falta de egoísmo, la misma modestia al no cotizar su historia—pues ello sólo se alaba, no es menester alaballo—, sean causas del desconocimiento de la Sevilla auténtica.

Porque Sevilla—Roma triunfante en su mayor grandeza—, baluarte de una civilización y avanzada en todas las civilizaciones, recata los exponentes altos de sus hijos preclaros.

Sevilla, dinamismo en la cultura y en el trabajo—aunque de otra cosa hagamos nosotros mismos inocente alarde—, Sevilla es estatismo en su tradición y en su idiosincrasia. Y en este siglo en que el escaparate y el estuche valen más que las mercancías que encierran; en este siglo en que la desorbitada propaganda todo lo invade con escandalosa exhibición, Sevilla es sencillo fanal que guarda a media luz sus más preciadas joyas.

Y esta Sevilla, toda de España, que a ella se da toda, en las empresas bélicas como en la cultura y en el trabajo, con real generosidad, con patente desinterés; sin caja de resonancia, quizás por ello mismo sea desconocida por unos y se aparente desconocer por otros. Sólo se la oye reír y cantar; fiesta constante.

Y, por fin, Sevilla en fiestas. Siempre Sevilla en fiesta. En todos los medios de difusión. En la Prensa, en el libro, en el teatro, en el cine. Pocos se asomarán a Sevilla por dentro. Así, entre el viajero del tren botijo o de agencia de turismo—tres días de sombrero ancho—, mercachifles de la literatura y hepáticos pseudopensadores, convirtieron en mal tópico una cualidad que sus torpes paladares no supieron apreciar. Porque la Sevilla que vieron a través de los vapores de un vino generoso y las más veces generosamente escanciado, les hizo ver fantásticos espejismos. Ni vieron a Sevilla ni se vieron ellos. Vieron a través de los vapores, señoritos flamencos, cañeras... El prolongado insomnio les hizo soñar después con estruendosas risas desgranadas en coplas; risas de cascabeles; risas de castañuelas... risas... risas. Y, al despertar, a contar el sueño; a divertirse contando hiperbólicamente hiperboles abultadas por la imaginación aun vaporosa.

Esto es para muchos Sevilla. Lo que creyeron ver. Lo que no vieron es que no hay tal señorito. Lo que hay es un señorío que escancia el vino en las cañeras; un señorío que sabe obsequiar al visitante con la alegría sana y abierta y expansiva de un pueblo que trabaja.

Ya pasadas las fiestas, cuando el último tren de visitantes pasa bufando por la Barqueta, Sevilla despierta con sus tres sonrisas. Una, cara al cielo, de gratitud. Otra, cara a la vida. Otra, cara al tren que pasa. Allá quedan, los que conocen o quieren conocer a Sevilla, a olerla y saborearla, retrasando la marcha cada día, prendados y prendidos.

Esta es Sevilla y esta es Andalucía. Unidad regional, por su personalidad; por su carácter; por su tipismo si se quiere. Tipismo

en el sentido de estilo; no colorismo chillón. Región, no en el concepto disgregador, sino parte de un todo, al que aporta el acervo de su cultura, de su trabajo y su espíritu de integración y de vinculación; cerebro, músculos y corazón, tributo a la España eterna. Y también su tipismo, que no nos sonroja.

¿Y los sevillanos? Los sevillanos, en los momentos en que un peligro amenaza sagrados principios, en la gran empresa arriesgada y heroica, allí están como un todo integral, holocausto de Sevilla a los mayores ideales.

Allí, en cambio, donde la suspicacia puede deducir un interés, no sólo material, siquiera sentimental, el sevillano—apatía, delicadeza, estimación personal—se atomiza, se desintegra.

El sevillano, afectivo y cordial en sus relaciones sociales, es independiente y hermético en sus actividades privadas. Observad: las colaboraciones científicas, literarias o artísticas son raras. La empresa económica es, por regla general, unipersonal. En el orden de sus artes menores típicas, el único baile en el que se requiere la pareja—las sevillanas—, es abierto, separado. Cada actuante destaca aisladamente su personalidad y su estilo con absoluta independencia de la interpretación estética. En la música, en su música, no concibe el sevillano la agrupación. Su instrumento, la guitarra, único. El artista no se aviene a mezclar, a confundir lo que es una expresión de su estado de ánimo, de la situación o tensión de su sensibilidad, porque no interpreta el sentir de otro. Ni siquiera se somete a unos garabatos pentagramáticos. Dentro de unas cadencias y un ritmo, ejecuta con libertad de inspiración.

En el canto, ¿habéis conocido en Sevilla algún coro, algún orfeón? No admite el sevillano pautas a sus sentimientos íntimos. Y sin estos sentires—alegría o tristeza—no canta. No admite sujeción a batutas ni partituras, ni correlaciona la expresión psíquica, ni somete su inspiración ni su capacidad expresiva. ¿Individualismo? Sólo cuando una coincidencia sentimental tiene la suficiente fuerza originaria, el sevillano es gregario por obra de ese aglutinante.

Uno de los casos de coincidencia es el de exaltación del amor a Sevilla en su ausencia. La distancia, al igual que dulcifica los sonidos y suaviza los colores, ablanda y entenece el sentimiento. Ningún bien se aprecia tanto como el que se pierde, siquiera sea temporalmente. El recuerdo es un amplificador del bien perdido. Ello explica la pasión del sevillano ausente, por su visión más exacta; por una apreciación más cabal y detallada de los matices de su Sevilla auténtica.

Tal es Sevilla y tales son los sevillanos.

Sobre todo, y pese a todo, así los veo yo.

